



Dr. Osvaldo Puccio

2022, ensayando balances

A dos años que la Organización Mundial de la Salud declarara el estado sanitario global como una pandemia producto de la expansión de un virus desconocido y de origen entonces intensamente debatido, que generaba estragos en la salud de todos los países del planeta -exceptuando claro a Corea del Norte que, a mayor gloria de rojo timonel, se mantenía libre de la plaga que afectaba al resto del mundo- Rusia decidía emprenderlas con una “operación especial”, singular eufemismo, que evitaba llamar por su nombre a la invasión, contra toda norma del derecho internacional, a un país vecino y soberano desencadenando una guerra que probablemente Vladimir Putin, su presidente, acompañado de su Estado Mayor y los favores de una corrupta oligarquía de compatriotas enriquecidos de modo no muy ortodoxo que se hicieron con los bienes adquiridos de modo vil tras la implosión de la Unión Soviética. Valga como dato anecdótico que ésta había sido fundada una centuria antes en diciembre de 1922.

La invasión rusa estaba en rigor fuera de los cálculos y previsiones de los despachos de los sujetos de las relaciones internacionales y, al menos en Europa, aparecía como una posibilidad que transitaba entre lo inverosímil y lo absurdo.

La OTAN, que de acuerdo a su primer Secretario General en 1949 Lord Hasting Ismay, tenía el propósito de “mantener a los rusos fuera, a los norteamericanos dentro y a los alemanes controlados” había perdido tras el fin de la Guerra Fría no solo fuelle, sino sobre todo sentido, entendiendo que este se encontraba en la confrontación con la URSS y su bloque. Todo ello comenzó a partir de 1990 a desaparecer y reorientarse, no pocas veces en el sentido contrario al que llevaba, y la situación global experimentó cambios de profunda radicalidad.

La lucha y las tensiones por la reconfiguración del Orden Mundial en lo que en esta serie de trabajos hemos llamado “interregno hegemónico” tras el cierre de un ciclo relativamente breve de manifiesta hegemonía unipolar de los EE.UU. a partir de la crisis de 2008 y la ralentización relativa del proceso globalizador, sumado a la emergencia con fuerza y voluntad de potencia de China, había abierto una disputa en que también la Unión Europea y Rusia buscaban un lugar en ese cuadro.

Nada en rigor indicaba a los inicios de este año, en los momentos en que la pandemia comenzaba a ser controlada y se daban pasos ciertos de dejarla atrás, que Rusia decidiría dar un paso de tamaño riesgo y audacia como desatar un conflicto bélico en Europa trastornando el contexto global al completo y poniendo en peligro -incluida amenazas de uso de armas atómicas- la paz en el viejo continente.

Durante el año hemos tratado de poner en contexto este complejo proceso, sin olvidar que hay paralelos indudables entre el trato que se otorgó a los derrotados de la Primera Guerra y el dado a los vencidos de la Guerra Fría, que más allá de las enormes diferencias en los contenidos y en las formas, dieron origen a modos perversos de resentimiento, desconfianza y revanchismo en esos derrotados.

La guerra que inició Rusia no solo cambió e hizo más peligroso el escenario internacional, sino, y es lo más relevante, ocurrió en un contexto que no favorece las soluciones o las salidas racionales.

Está muy abierto el proceso que se puso en curso por la guerra, tanto en el modo que habrá de proseguir como en la manera de su salida que puede ir desde una improbable extensión del conflicto a un cierre “civilizado”, que suponga un reencuentro con la paz y el reconocimiento de la soberanía y dignidad del agredido.

Lo más probable es el camino intermedio, esto es la consecución tras el invierno boreal de una suerte de “armisticio de hecho” que suspenda en lo grueso las actividades bélicas y permita comenzar el periodo largo de reconstrucción y el de seguro aún más largo de restañar heridas profundas en la región. En ello todo parece indicar que Rusia resultará muy debilitada y más dependiente de China, que la Unión Europea tendrá que repensarse sustantivamente como “soft power”, defender con más ahínco su carácter democrático frente a algunos de sus propios miembros y los EE.UU. vivirán su larvada crisis nacional con una renovada centralidad global. Nada que estuviera en los planes de Vladimir Putin.

Por lo pronto es posible adelantar para los efectos de la Unión Europea tres consecuencias importantes a la hora de posicionarse en el escenario que surja tras el conflicto. El primero es una consolidación política de la Unión que, más allá de las evidentes diferencias con los países con gobiernos de dudosa fortaleza en los principios democráticos (Hungría, Polonia y desde hace un par de meses Italia), ha mostrado en lo grueso unidad de criterios frente a la trasgresión del derecho internacional de Rusia como lo hizo luego de algunas confusiones al principio de la pandemia.

El segundo es la consolidación y dinamización de las políticas de Seguridad y Defensa de la Unión, que ya habían tenido sus primeros avances antes de la agresión de Putin muy sustentadas tanto por el aislacionismo y hostilidad con Europa durante el periodo de Trump como el colapso más vergonzoso que llenó de gloria en Afganistán, que dicho al pasar estuvo, sin duda, entre los elementos que Putin puso en la contabilidad de las debilidades de Occidente a la hora de tomar la decisión de su “operación especial”.

El tercero y, con certeza, el con mayor incidencia en el largo plazo, es la decisión (compelida) de procurar fuentes propias, autótonas y autóctonas de energía dejando de confiar en las fuentes de abastecimiento lejanos. Esto es energías renovables, aunque sin descartar como una de ellas a la atómica. Esto tendrá en el mediano plazo, de ser optimistas, consecuencias importantes y mensurables en los desafíos del cambio climático.

Este conflicto, ya lo dijimos, se desencadenó en un momento del desarrollo de las sociedades en que conjuga un hecho de consecuencias muy profundas, pero fortuito, la pandemia, y otro de más larga data y mucho más resultado de la propia vida social y su desenvolvimiento, cual es el desarrollo y extensión de tecnologías de la comunicación que han producido y están, con resultados difíciles de prever, transformando cualitativamente las formas y maneras de comunicarse los individuos entre sí y con su entorno.

La pandemia puso con gran fuerza en el tapete del diálogo global el concepto de la imprevisibilidad. Un hecho inesperado, repentino y de naturaleza a las finales desconocida trastocó no solo el ritmo de la vida social en todas y cada una de las sociedades del planeta, sino -y suena algo hiperbólico- paralizó en medida sensible lo que se consideraba su desenvolvimiento normal. Ella trastornó el discurrir de la economía global y desde luego sus múltiples manifestaciones locales, dificultando procesos y generando dinámicas negativas de carencias y empobrecimiento. Dejó al descubierto la debilidad y las vulnerabilidades de los procesos de intercambio, un aspecto que en el proceso de globalización se consideraba un elemento central de su naturaleza y ventajas. Aparece así, por ejemplo, como uno de los asuntos más relevantes en el orden mundial, las definiciones de la geolocalización de las fuentes de abastecimiento. Ello implica una óptica nueva, en algún modo novedosa, pero sobre todo de modo inéditamente desafiante para el orden global y las maneras de interrelacionarse entre los distintos centros de la economía y la producción mundializada.

La imprevisibilidad como peligro o supuesto “se tomó” el espacio de las emociones durante la pandemia en un estado global de la cultura, donde en la comunicación social la racionalidad ha ido perdiendo crecientemente lugar en las maneras de asumir, aprehender y explicar los fenómenos; y en la que la inmediatez y la horizontalidad carentes de mecanismo de discriminación a partir de su contexto y verosimilitud, encuentran vías expeditas cuando no buscadas en la conversación social. Desde luego no es un fenómeno surgido en o desde la pandemia, pero esta fue sin duda un suelo fértil para la difusión y consolidación del fenómeno. A ese estado de conciencia se suma el más primitivo y básico estado de ánimo, el miedo, no solo a la muerte resultado de una enfermedad amenazante y desconocida, sino la incertidumbre que genera una situación de guerra en una región de Europa en la que están involucrados los principales actores del escenario global, acompañada de recesión económica y las potencialidades o la presencia de crisis sociales en el marco del debilitamiento de las instituciones tradicionales, tanto en su prestigio como en su incidencia.

Todo ello caracteriza un proceso significativo de cambio en la cultura y las maneras de existir y comunicar en las sociedades modernas, que desafían y cuestionan fundamentos y valores, como la Democracia, que parecían estabilizados y en un camino firme de consolidación.

En suma, este 2022 marca una cisura porque marca el siglo con una guerra y coloca de manera nítida el clivaje en la política global entre Democracia y Autoritarismo. Ello con independencia, aunque sustantivamente sobre determinado por la crisis económica que lleva las consecuencias de la pandemia en su columna vertebral y un impulso grueso al proceso de individualización narcisista que conlleva trivializaciones que absolutizan intereses parciales y desafían, cuando no disuelven, las manifestaciones que fueron más estables y permanentes de la organización social a caballo de las nuevas tecnologías y los cambios en los modos de trabajo desarrollados por esas tecnologías y estimulados exponencialmente a partir de la pandemia.

Fin.



Dr. Osvaldo Puccio

Phd EnFilosofía

Universidad de Humboldt de Berlín